

Todo ello proyectado en el tema de la inmortalidad, trágico en Eminescu —pero bajo el imperio de la soledad serena y estoica— y sencillamente sereno en la concepción mítica rumana de viejísimo arranque, y raigambre, como lo refleja en términos sorprendentes un «basm» o leyenda singular rumana. Nos referimos al inigualable texto popular rumano de la leyenda «Juventud sin vejez y vida sin muerte». El filósofo rumano Constantin Noica veía una vez en este texto uno de los documentos más significativos de la concepción rumana sobre el mundo y el destino del hombre. En los secretos de este texto no todos revelados, quisiéramos ver, sobre las huellas fecundas de estudios como éste de la competente humanista y comparativista de Bucarest, un encuadre todavía más completo de la visión de Eminescu, como proporción del destino y del devenir del hombre en el mundo. Así, creemos nosotros, el encuentro entre los dos «Hyperion» sin par, sería aún, si fuera posible tal cosa, más completo.

Jorge Uscatescu

La prosa de Gabriela Mistral

La personalidad literaria de Gabriela Mistral se definió, desde un principio, por su actividad poética. Poeta fue toda su vida, aunque los azares de su existencia errabunda, los menesteres con que se ganaba el sustento diario y los dramas íntimos le restaran ánimo y tiempo para escribir versos. En esto no se diferenciaba de la mayoría de los poetas, que se ven obligados a repartirse entre un oficio, por lo general no libremente elegido, y un arte al que sólo dedican sus horas de ocio o los ocasionales instantes de inspiración repentina. Pero Gabriela Mistral estaba destinada a algo más. Las condiciones de la vida literaria en América Latina y las de su propia vida contribuyeron, con el transcurso de los años, a que desarrollara una obra en prosa que fue explayándose, paulatinamente, para quedar en su mayor parte dispersa en revistas, periódicos y otras publicaciones similares. Esa prosa le sirvió para perfilar sus inquietudes pedagógicas, sociales e incluso políticas y, a un tiempo, fue el desahogo de una mujer, cuyos sentimientos y ternuras refrenados tuvieron así una expresión pública, sustentada en sus habilidades descriptivas y de trazo lírico, en su capacidad de afecto por los seres humildes y el mundo natural, y aún por una perspicacia literaria y humana que le permitía emitir juicios agudos sobre personas, objetos y libros, y sobre los más diversos asuntos que llamaran su atención. Indudablemente, esa obra prosística, esparcida en el trans-

curso de una vida agitada y viajera, fue el fruto de una fuerte personalidad. Con ella Gabriela Mistral logró imponerse en todos los medios, pues siendo vehículo de sus ideas, dibujó su figura con unos contornos que la hacían destacar y que daban una resonancia definida a sus versos, suficiente como para que su poesía adquiriese, en tal contexto, un timbre especial. Esa diseminación, sin embargo, que no era sino consecuencia del carácter urgente, circunstancial y periodístico con que fueron escritos la mayoría de sus textos en prosa, los fue dejando en la sombra con el paso del tiempo. Muchos tenían esa condición efímera propia del periodismo y otros, que podían haber sido salvados, quedaron en las amarillas páginas de las publicaciones donde habían visto la luz. Sólo ha sido más tarde, luego de las observaciones de los críticos en torno al valor de la prosa mistraliana, como hicieron Enrique Anderson Imbert y Emir Rodríguez Monegal en la década de los años sesenta, y, sobre todo, a partir del trabajo de investigación bibliográfica del sacerdote agustino chileno Alfonso M. Escudero, aparecido en primera edición en Santiago de Chile, en 1950, como tirada aparte de la *Revista Universitaria*, que empezó a recuperársele, publicándose bajo forma de libro desde la edición de los *Recados contando a Chile*, preparada por el mismo Escudero en 1957, hasta las recopilaciones de textos que fue realizando y dando a imprenta Roque Esteban Scarpa en los años setenta. Paralelamente, se ha venido divulgando su correspondencia, en la que las virtudes de su prosa se mantienen, pese a las limitaciones del género epistolar, y que interesa a investigadores y a críticos, siquiera sea como referencia a situaciones, circunstancias y detalles concretos de su vida y su obra. A la par de estas cartas, entre las que se hallan las dirigidas a Lydia Cabrera y que se han publicado recientemente en compañía de otras de Teresa de la Parra por Rosario Hiriart (Editorial Torremozas, Madrid, 1988), las antologías generales de su producción literaria, al incluir textos en prosa, han ayudado a conservar en la mente del gran público la presencia de la Mistral como autora no sólo de versos sino de una prosa que, como vemos, sigue siendo mal conocida. Su diversidad, en temas y formas, y la falta de empeño real de Gabriela por reunirlos en libro de modo sistemático y coherente, a pesar de su intención veleidosa, años antes de morir, de preparar una selección, no dejaron de ser motivo de tal desconocimiento y ello mismo ha apartado a los lectores, hoy día mejor abonados a los géneros estrictos de la novela y el cuento, de esa obra que espera una mayor atención que la que hasta ahora ha recibido. Porque, no obstante las reservas que puedan anteponerse, Gabriela Mistral fue un fenómeno de la cultura de su época y los latinoamericanos, tan olvidadizos con respecto a sus antecesores intelectuales y (perdóneseme) dispuestos a la memoria sólo en aniversarios y evocaciones rituales, estamos obligados, como deberían estarlo los españoles si no quieren perder definitivamente la mitad de sí mismos que dejaron una vez al otro lado del Atlántico, a reconocer y valorar en su medida justa todo aquello que ha ido haciendo a América Latina, o Hispanoamérica, que para el caso es lo mismo. Por eso, veamos a ojo de pájaro cómo fue creciendo, en la corriente de la vida, ese delta literario que es la prosa de Gabriela Mistral.

Los primeros escritos mistralianos a renglón seguido, publicados desde 1909, —año en que aparece en una revista de La Serena, titulada *Idea*, su primerizo *Saludo al invierno* y que parece prefigurar lo más tarde serían sus famosos «Recados», textos de

madurez—, se caracterizaban por un lirismo ajustado a un aire de narración —descripción y que casi a modo de parábola servían a sus propósitos didáctico-moralistas. Es significativo que una de esas prosas, *La defensa de la belleza*, se publicara en 1914 —año de su éxito de iniciación literaria con los *Sonetos de la muerte*—, en la revista *Elegancias* que dirigía Rubén Darío en París. La acogida de dicho texto por parte del celebrado poeta nicaragüense dice claramente por qué atmósfera literaria se encaminaba la actividad de la joven Gabriela Mistral, como firmaba ya, olvidando su nombre civil de Lucila Godoy Alcayaga. Toda esa obra de principiante corresponde a su fase de escritura de poemas en prosa, dentro de la línea de renovación que el modernismo había suscitado en las formas expresivas de la prosa latinoamericana de principios de siglo. Por eso, tales textos que, en gran parte, vinieron a constituir las últimas secciones de su primer libro de poesía, *Desolación*, de 1922, se corresponde con lo que sus pares en el verso, la uruguaya Juana de Ibarbourou y la argentina Alfonsina Storni, lograrían a su vez como prosistas líricas por esos mismos años. Así, la de Ibarbourou publicó un libro de poemas en prosa, *El cántaro fresco*, en 1920, mientras la Storni daría sus *Poemas de amor* en 1926. La mención de estas mujeres no es casual. Ambas, juntamente con la poeta de *Desolación*, representaban un cambio en la sensibilidad que, sin abandonar del todo los supuestos estético-literarios del modernismo, significaban un desvío de la manera modernista, como hasta el momento se había entendido, en favor de la exploración de otras zonas de realidad y de expresión, tal como el desenvolvimiento de la obra de estas mujeres confirmaba, ya que esa obra de por sí era la apertura a nuevos mundos, despojados del preciosismo literario de los modernistas, y que tornaban factible las transformaciones que empezaban a experimentar las sociedades latinoamericanas en ese entonces. Precisamente, ese sello de didactismo y ética, potenciado por su imagen de maestra rural, con acentos de rebeldía, que distingue a los poemas en prosa de Gabriela, introducía ya una nota nueva, inclinada a la toma de conciencia de situaciones sociales de injusticia y discriminación, que los poetas modernistas habían desdenado enfrentar a causa del aristocratismo de su posición ideológico-estética. Esos años en Latinoamérica eran los años de la vanguardia en el arte y la literatura y también los de la transición de un modernismo europeizante hacia formas más personales y nacionalistas de la expresión literaria. En ese cruce de caminos se forjó la obra y la personalidad de la Mistral y esa atmósfera renovadora habría de marcar su desarrollo, determinando en buena medida su proyección futura.

De hecho, su partida a México, en 1922, hizo posible una mejor concreción de sus ideales literarios, en un ambiente que, gracias a la revolución de 1910, favorecía el nacionalismo y la difusión de ideas americanistas que la poeta de Elqui reafirmaría bajo la influencia directa de José Vasconcelos, quien al frente de la Secretaría de Instrucción Pública la había hecho llegar al país para intervernir en la reforma de la enseñanza rural. Fue desde entonces que su figura empezó a cobrar relieve continental y que su prosa pasó definitivamente del subjetivismo lírico de su etapa juvenil al subjetivismo, disfrazado de objetividad, o a la casi objetividad, de la crónica periodística o de los artículos informativos. Poco antes de su partida, desde las páginas del *Mercurio*, había iniciado tal manera, que fue una ampliación y diversificación de sus intereses, orientados por temas de educación y literatura local, a los que vendrían a sumarse, en México,